

---

# ELITES Y CLASES POPULARES EN EL PERU CONTEMPORANEO

Otra mirada a las relaciones entre  
estado y sociedad

Osmar Gonzales

---

*«Los hombres quieren ser dueños del futuro  
sólo para poder cambiar el pasado».*

Milan Kundera: El libro de la risa y el olvido.

EXISTEN PREOCUPACIONES que en determinados momentos adquieren una relevancia especial. Emergen en la vida social convirtiéndose en puntos ineludibles de la reflexión intelectual. Abandonan su anterior estado de opacidad para adquirir un brillo inusitado dejando en la oscuridad a aquellas otras preocupaciones que antes habían ocupado su lugar. El problema de esta inesperada luminosidad es que puede enceguecer los ojos del analista, llevándolo a soslayar otros temas de igual importancia. La excesiva focalización en un tema puede devenir moda: efímera, volátil. Lo más aconsejable es tomar sana distancia y tratar de ver la realidad de la manera más completa posible. Es difícil, pero es mejor ser consciente del reto que desentenderse de él.

OSMAR GONZALES

El énfasis que se pone en ciertos temas, la apelación a determinados sujetos, la capacidad de ganar audiencia que manifiestan los voceros de esas preocupaciones también se deben explicar por influencias de contexto y época. Cada momento histórico resalta sus preocupaciones y sus retos. Así como los instrumentos que supuestamente deben ayudar a su solución. El problema de las élites y su papel en nuestra sociedad debe ser entendido bajo esta premisa.

El hecho de que hoy nos preguntemos por el papel de las élites en el Perú no deja de ser significativo<sup>1</sup>. Hasta hace una década, aproximadamente, este tema aparecía como irrelevante o, en todo caso, como una preocupación de segundo orden. Estaba subordinado por otro tipo de temas. La nueva importancia que se le otorga al rol de las élites expresa cambios importantes que se deben entender no sólo dentro de los marcos nacionales, sino que tiene que ver con procesos de magnitud mundial. Especialmente está relacionado con el fracaso de la principal utopía política de este siglo que llega a su fin: el comunismo.

La redención de los pueblos y de la humanidad toda se depositaba, o así se veía, en una especie de ethos colectivo. Por ello, los análisis se orientaban hacia el entendimiento de cómo los pueblos son capaces de hacer su historia. Ahora, con el fracaso de la utopía de la sociedad reconciliada, lo que concita el interés es ver de qué manera ciertas minorías son capaces de dirigir a las sociedades. Se prioriza entonces el papel de las élites, de los pactos y de las nuevas funciones que

<sup>1</sup> En este artículo, cuando me refiera a las élites estaré pensando en intelectuales y políticos, básicamente, porque son estos los que tienen la responsabilidad de conducir al país, tanto imaginando modelos ideales de sociedad como materializando los proyectos en decisiones. Por ello es que esta vez quedan excluidos de las élites, por ejemplo, militares y empresarios, cuyas funciones son otras.

## ELITES Y CLASES POPULARES

deben cumplir las instituciones que antes eran acusadas con desprecio de formales, pero que en la actualidad concentran la atención de un sector importante de analistas, quienes entienden que son fundamentales para el desarrollo<sup>2</sup>.

En las líneas que siguen trataré de hacer un bosquejo que nos presente cómo, en la historia peruana de este siglo, ha ido apareciendo y ocultándose el tema referido a las élites. Trataré de vincular, de la mejor manera posible, la reflexión con el contexto, para ser fiel con la metodología sugerida al inicio. Será una exposición sobre el juego de opacidad-luminosidad que ayude a explicar porqué en determinados momentos se privilegia el papel de las élites, de los conductores, y porqué en otros adquiere mayor centralidad la preocupación por la sociedad.

No se trata de un estudio exhaustivo. Sólo presentaré las propuestas de los intelectuales que considere más significativos, de acuerdo a los momentos abordados en el transcurso de la argumentación. En la parte final intentaré plantear, a manera de interrogante, cuál podría ser el reto para nuestro país en el nuevo siglo, ya inminente. No ejercitaré, por cierto, el papel de gurú para el cual no estoy capacitado (además que ya sabemos cómo han terminado quienes han tratado de serlo). Por ello, no trataré, como alude la cita de Milan Kundera que precede este artículo, de apropiarme del futuro para cambiar la historia ya transcurrida. Preferiría cambiar el futuro, aun a costa de no poder apropiarme del pasado.

<sup>2</sup> Sólo como a modo de ejemplo se puede mencionar al Premio Nóbel de Economía de 1993, Douglas C. North y su libro *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, FCE/Economía Contemporánea, México, 1993.

OSMAR GONZALES

## I. DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA MODERNIZACIÓN

### La centralidad de las élites

Hacia principios de siglo las reflexiones más importantes estaban centradas en desentrañar la función específica que debían cumplir las élites en el diseño de la nación y del Estado. Es una época en que la sociedad peruana estaba escindida no sólo en términos de clases, sino también en claves culturales, étnicas y raciales. La sociedad, se entendía, sólo era aquella que estaba constituida por las familias oligárquicas que organizaron el país de modo estamental y excluyente. Lo que hoy conocemos como sociedad civil estaba escasamente desarrollada, por lo cual resulta más adecuado hablar, para esa época, de «masas indiferenciadas de clase»<sup>3</sup>. Los sectores populares -de componente básicamente indígena- eran vistos por algunos intelectuales como poco menos que animales parlantes, como parte del paisaje o, en el mejor de los casos, como simple masa de maniobra para fines políticos de los caudillos. Los estereotipos que se construyeron sobre estos sectores siempre fueron funcionales a la reproducción del régimen oligárquico. Lo fundamental era mantenerlos en posiciones de subordinación, con lo cual se aseguraban el manejo político a las pocas familias que controlaban el poder y que tenían el privilegio de decidir. Y ésto era visto como algo natural, inherente a la función de los «dueños del Perú». Estaban en su papel.

Sin embargo, y éste es un aspecto poco tomado en cuenta, la oligarquía no desdeñó aquellos mecanis-

<sup>3</sup> Ver: Sinesio López: «El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación». En: *El Dios mortal, Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XX*, IDS, 1991. Es reproducción de la versión aparecida en la *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, N°3, julio-setiembre de 1978.

## ELITES Y CLASES POPULARES

mos que podían proveerle de recursos para, mal que bien, imponer cierta hegemonía que le permitiera seguir reproduciendo el sistema social tradicional. Desde las haciendas y la enseñanza escolar, con el tutelaje de la Iglesia, se expandieron determinados valores hacia el sentido común. Desde estos espacios se arraigó en los sectores dominados el sentido de fatalidad, la creencia en un orden inmodificable, el criterio estamental y otros, que fueron elementos que le permitieron a la oligarquía redituvar un relativo consenso. Es decir, al lado del elemento coercitivo convivió un proceso de legitimación ideológico-cultural orientado a fijar a los sectores marginados en su situación de excluidos y, más aún, como sujetos pasivos sin voluntad ni intereses propios. De este modo, la oligarquía sí tuvo elementos para construir, larvariamente, una ideología hegemónica, aun cuando no democrática e integradora. El consenso que buscaba era, por el contrario, para legitimar la exclusión. Así, la política y el manejo del Estado estaba reservado para ciertos pequeños grupos. La sociedad, entendida de un modo más amplio, estaba excluida no sólo de decidir sino también de influir en las decisiones y de ser tomada en cuenta.

Pero ello no obstó para que apareciesen algunos intelectuales críticos dentro de las propias élites peruanas, quienes, sin apartarse del criterio exclusivista en el manejo del Estado, se planteaban el problema de cómo construir la nacionalidad integrando a otros sectores sociales pero de manera jerárquica, con funciones específicas, que impida el desgarramiento del país y evite la explosión subversiva de las masas. Un ejemplo paradigmático de este tipo de propuesta es el presentado por Francisco García Calderón y su idea de construir una «democracia elitaria». Para ello se necesita, afirmaba, llevar a cabo reformas; reformas que limen asperezas, amengüen enfrentamientos y encaucen al Perú hacia el desarrollo definitivo. El dice:

OSMAR GONZALES

«Democracia supone selección; pero en un país nuevo, este movimiento de diferenciación está perturbado por las ambiciones, el favoritismo y los defectos de un ambiente estrecho e inestable. Por lo tanto, hay que realizar esta selección fecunda, mediante la reunión enérgica de todos los hombres llamados a crear almas en la política nacional. La reforma sólo puede venir de las clases dirigentes por la sugestión y la imitación, por el control de las ambiciones de líderes peligrosos»<sup>4</sup>.

El planteamiento es interesante porque implica una crítica profunda a las formas prevalecientes de ejercer la política. Además, porque es consciente que lo fundamental es preservar cierta unidad nacional, implicando ello la necesidad de construir un sistema político que sea capaz de atender reclamos de otros sectores sociales distintos a los privilegiados. Aunque esta formulación busca precisamente mantener la tarea que le corresponde a las «clases superiores», lo más importante es que lo que el autor propone es reconstruir la élite directora que debe ser portadora de otra sensibilidad ante los problemas nacionales. En el fondo, la crítica va dirigida a la oligarquía porque no ha sido capaz de ejercer su dominio tratando de mirar más allá de sus propios intereses, subordinando los de la nacionalidad. En términos más actuales, podemos decir que lo que el cuestionamiento de García Calderón está tratando de expresar es la incapacidad de las familias oligárquicas de no haberse constituido en una clase nacional, dirigente. Por ello, la solución que propone es el erigimiento de un núcleo selecto capaz de «crear almas» en la política peruana. En otros términos, sobre

<sup>4</sup> Francisco García Calderón: *El Perú contemporáneo*. Primera edición en castellano, INTERBANC, 1981, p. 353.

## ELITES Y CLASES POPULARES

lo que el citado autor está reflexionando es sobre la manera cómo Estado y nación deben de constituir una unidad. Como sabemos, las posiciones de esta naturaleza quedaron marginadas, revelando un desencuentro frecuente en nuestra historia entre la intelligentsia y el sujeto político.

### La aparición de las masas

El proceso de modernización, los sucesivos embates que sufre la oligarquía, la irrupción de las clases marginadas en la vida social y política del país, en otras palabras, la aparición de las «masas»<sup>5</sup>, son hechos que constituyen el escenario propicio para el surgimiento de una nueva manera de concebir las posibles soluciones a los problemas del país o, al menos, para hacerlo desde una óptica distinta buscando a otros sujetos. Ya no serán las élites (identificadas con la oligarquía) quienes tendrán en sus manos la misión de construir la nacionalidad y un sistema político distinto. Se apela entonces al papel de las clases populares, reafirmandolas como el sujeto de la historia y la liberación. Se invierte el mirador desde el cual se observarán los problemas nacionales. Las soluciones ya no vendrán de arriba, desde las cúpulas, desde las instituciones oficiales, sino de abajo, desde las

<sup>5</sup> Expresiva de la nueva sensibilidad es la carta que el 10 de agosto de 1929, Luis Alberto Sánchez le envía a José de la Riva Agüero, que vivía en Europa. Ahí expresa: «Se ha acabado la fe en el 'personaje', en el 'héroe', aunque a la distancia parezca lo contrario. La actitud de las gentes intelectuales o no, tienden a la masa. Tenemos este nuevo protagonista en nuestra historia, la masa, que no existía o no se advertía antes». En: José de la Riva Agüero y Osma *Epistolario de...Cien cartas*, PUCP-Instituto Riva Agüero, 1991. Es interesante hacer notar que ese año, 1929, es en el que Jorge Basadre lee su conferencia «La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú», en la Universidad de San Marcos.

OSMAR GONZALES

clases desposeídas y desde los espacios que éstas fueran capaces de construir al margen de lo que se llamó el Perú oficial. El socialismo de Mariátegui y el aprismo representan este quiebre con mayor plenitud. El primero más ideológico, el segundo articulando mejor la cultura popular con una representación política multitudinaria.

Esta inversión contenía un carácter profundamente subversivo, puesto que lo que estaba cuestionando era toda una forma de ordenamiento social, estamental y excluyente, y no sólo una forma de comprender la realidad. Pero la derrota, incluso militar (recuérdese el año de la barbarie, 1932) de las representaciones políticas de esta concepción radical allanó el terreno para que la vieja oligarquía alternara en el poder a sus representantes, pero esta vez en alianza directa con los militares. Es lo que se denomina el periodo civil-militarista. De este modo, las clases sociales marginadas de la escena oficial quedaron huérfanas de ideólogos y de representaciones, recluyendo la política al viejo esquema de manejo del poder en base a redes familiares.

Sin embargo, lo anterior no significó de modo alguno que la sociedad permaneciera estática. Por el contrario, de modo subterráneo, unas veces de modo silencioso, otras de manera inevitablemente ruidosa, se transformaba al compás de las modificaciones que experimentaba el país en su proceso modernizador con todas las contradicciones que implicaba, y pugnaba por asomar la cabeza para ser reconocida como parte de la vida nacional. Es así que se explican las numerosas rebeliones campesinas, los intentos guerrilleros, la nueva composición de la clase obrera y su lucha contra las patronales, la revitalización de las clases medias, etc. Es el reclamo consistente por su incorporación en la ciu-

## ELITES Y CLASES POPULARES

dadanía, por democratizar el Estado y la vida social toda<sup>6</sup>.

El correlato político-ideológico de estos hechos lo expresan las apariciones de opciones dirigidas por las clases medias como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), la Democracia Cristiana (DC), Acción Popular (AP), el Movimiento Social Progresista (MSP), entre otras. Sea cual fuera el signo ideológico que los identificara (radicales de izquierda, reformistas, populistas, o lo que sea) lo que los emparentaba era el cuestionamiento al sistema político excluyente imperante.

Por su parte, la oligarquía se mostraba cada vez más incapaz para enfrentar las contradicciones que generaba su sistema de dominio, así como las que se procesaban al interior del bloque dominante. La paulatina consistencia que iba tomando la fracción industrial, que visualizaba cada vez con mayor nitidez los límites que le imponía el régimen oligárquico, actuó como un incómodo interpelador al interior de las clases privilegiadas. Para poder crecer y expandirse, los industriales necesitaban desembarazarse del predominio de los terratenientes. Por eso es que vio con buenos ojos

<sup>6</sup> Sinesio López llama a estas luchas, que se produjeron por oleajes sucesivos, «incursiones democratizadoras», por las cuales las clases medias y populares, ante su incapacidad de tomar el Estado por asalto, lo invadieron. «Estas [las incursiones democratizadoras] han tenido lugar en ciertas coyunturas de crisis en donde las élites políticas y económicas mostraron flexibilidad y apertura en integrar a las clases medias y populares para ingresar a la política y al Estado». «Perú: una modernización frustrada (1930-1991)». En: Juan Abugattás, et. al.; *Desde el límite. Perú, reflexiones en el umbral de una nueva época*, IDS, 1992. López señala, además, tres momentos fundamentales: a) la incursión de las clases medias y populares tradicionales dirigidas por el Apra en los años 1931, 1945 y 1956; b) la de las nuevas clases medias dirigidas por DC, AP y MSP; y c) la dirigida por la izquierda radical y las clases populares que lograron incorporarse a ciertas instituciones como el Parlamento, municipios y gobiernos regionales.

OSMAR GONZALES

los continuos embates que los otros sectores ejercían contra el poder oligárquico.

Como decía, los nuevos sectores (de composición básicamente migrante) que recomponían el escenario peruano y que pugnaban por ingresar a la vida nacional, se sentían cada vez más distantes de los tradicionales mecanismos de la oligarquía. Entonces se puede ver con mayor claridad la siguiente contradicción. Por un lado, la oligarquía ostentadora del poder pero ya sin la capacidad de generar un mínimo de consenso; por otro, sectores sociales marginados que empiezan a generar ciertas representaciones político-ideológicas. En la primera, sin quien le pudiera otorgar hegemonía y autoconciencia; los ideólogos cedieron el paso a los difusores; los segundos, reivindicando un protagonismo que en los años siguientes concitará la atención de aquellos intelectuales que intentarán actuar como sus legítimos representantes.

Lo que se evidencia, entonces, es un doble proceso: por un lado, el abandono de pensar en el papel de las élites y, por otro, el creciente entusiasmo por pensar la construcción de la vida nacional desde las clases subalternas. La apelación al sujeto comienza a cambiar. El reformismo militar dirigido por Velasco Alvarado será un momento clave en el que ambas temáticas tratarán de ser resueltas, y no sólo en el nivel de las formulaciones intelectuales, sino también en el de la práctica política misma, en la forma de ejercer el poder.

Lo que he tratado de decir en las líneas precedentes es que el mayor o menor énfasis que encontramos en distintos momentos en la reflexión intelectual sobre las élites no se puede entender sin tener como referencia al proceso social. Cuando la sociedad se manifiesta más efervescente la centralidad de la atención a las élites pierde fuerza y el foco de atención se desplaza buscando a otros actores. Una sociedad más

## ELITES Y CLASES POPULARES

movilizada obliga a variar las prioridades. La reflexión sobre las élites era posible en un contexto de debilidad de la sociedad civil. Cuando ésta empieza a robustecerse se produce el cambio.

### II. LA EPOCA DEL REFORMISMO MILITAR

#### La apuesta por el Estado

El velasquismo significó, como sabemos, la muerte política de la oligarquía. Ello implicaba que el problema central a acometer era el de diseñar un nuevo Estado, crear nuevas instituciones que expresaran y representaran los cambios ocurridos en la sociedad peruana, básicamente desde los años cuarenta. Y esto era un reto para las élites intelectuales y políticas. Imaginar, crear, materializar nuevas formas y canales de expresión de la sociedad ebullente, la misma que ya no podía aceptar un régimen excluyente como el anterior. Las reformas del velasquismo estuvieron orientadas a resolver este problema. En esto el papel de los ideólogos de la participación plena está en primera línea.

Provenientes de diferentes canteras (ex-comunistas, demócrata-cristianos, social-progresistas, apristas) sus miembros se formaron en la experiencia política oligárquica y espectaron su crisis. Desde esta experiencia se vuelven comprensibles sus críticas a las instituciones (como el Parlamento, las elecciones) y a los partidos, que no habían sido eficaces en el papel de incorporar a los sectores populares a la vida nacional (especialmente el Apra y el fracaso del primer gobierno de AP). Todo lo anterior explica, al mismo tiempo, el porqué tuvieron como punto central de su agenda que los cambios fundamentales debían ser impulsados desde una institucionalidad estatal. Es decir, el sujeto desde el cual las transformaciones se podrían llevar a cabo se

OSMAR GONZALES

ubicaba en un núcleo director personalizado en un personaje de indudable carisma y capacidad de conducción, como lo era el general Velasco. Para decirlo en términos caros a los intelectuales de principio de siglo, creían en el papel positivo que podía cumplir el «caudillo necesario». Es cierto que buscaron, especialmente por medio de instituciones como el Sinamos, incorporar a los sectores sociales excluidos de la vida pública por la oligarquía, pero lo importante es que lo central de sus planteamientos estaba orientado a solucionar el problema dejado por el fin de la oligarquía: cómo construir un Estado y desde ahí incorporar a la nación.

Alberto Adrianzén resume del siguiente modo la naturaleza del reformismo militar:

«El velasquismo, puede, por ello, ser definido como un «reformismo estatal» de naturaleza antioligárquica. Como un gobierno que busca fundar un «nuevo orden». En este sentido, no nace de un «pacto social», sino por el contrario, de un acto de fuerza. Esto es, de la ruptura del régimen burocrático parlamentario en crisis, para, a partir de ello, proponerle a la sociedad un pacto que puede ser definido como fundante»<sup>7</sup>.

Es conocido que esta propuesta no terminó de cuajar. Como afirma Francisco Guerra García, el velasquismo fue eficaz en destruir al viejo Estado, pero se reveló incapaz de fundar uno nuevo<sup>8</sup>. En todo caso, la crisis económica, la ausencia de conducción (por la

<sup>7</sup> Alberto Adrianzén: «Democracia y partidos en el Perú: ¿una transición perpetua?». En: Manuel Antonio Garretón M. (Coordinador), *Los partidos políticos en los inicios de los noventa. Seis casos latinoamericanos*, Ediciones FLACSO-Chile, Santiago, 1992, p. 65.

<sup>8</sup> Francisco Guerra García: *Del Estado oligárquico al capitalismo de Estado*, CEDEP, 1984.

## ELITES Y CLASES POPULARES

enfermedad de Velasco) y el fortalecimiento de los sectores conservadores al interior de la cúpula militar se confabularon para hacer del velasquismo un proceso interrumpido. Este propósito truncado será fundamental para entender la posterior crisis que vive hasta la actualidad el Perú.

Pero el reformismo velasquista significó algo más. Significó, en primer lugar, un impulso democratizante en relación al antiguo régimen. En segundo lugar, bajo su amparo se fortalecieron procesos de integración que permitieron superar, parcialmente, las fragmentaciones características de la época oligárquica (recuérdese el desarrollo del mercado interno, el discurso nacionalista, etc.). Además, y ligado a los dos puntos anteriores, el velasquismo también representó la posibilidad de que los sectores populares se pudieran organizar de manera autónoma con respecto al Estado. Como afirma Nicolás Lynch sobre este proceso:

«El impacto de las reformas, al conceder derechos económicos y sociales a las mayorías populares, no sólo se va a expresar en las intenciones militares de crearse una base social propia sino que también permitirá el desarrollo de la organización popular independiente del Estado y con ella el de los partidos de izquierda, acelerando un proceso que venía desde la crisis del poder oligárquico. Los dos aspectos que definen la naturaleza del reformismo van a ser autoritarismo y democracia social»<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Nicolás Lynch: *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*, El Zorro de Abajo ediciones, 1992, p. 69.

OSMAR GONZALES

La visión populista de la nueva izquierda

Pero es este mismo contexto el que ayuda a explicar el porqué numerosos intelectuales centran sus análisis y propuestas teniendo como su sujeto referencial ya no a las élites sino a las clases populares, entendiéndolas como los pilares sobre los cuales se construirá la nación. Especialmente políticos e intelectuales de la nueva izquierda depositaron toda su confianza en el pueblo. Prédica marxista y teología de la liberación, en conjunto, constituyeron la argamasa de los que Edward Shils, en términos más generales, llama la «tradición cultural populista»<sup>10</sup>, que es la visión buena que los intelectuales tienen sobre las clases populares, entendiendo que éstas resumen en su ser los mejores valores. Afirmaciones como «las masas hacen la historia» o «los pobres como sujetos de liberación» expresan resumidamente la nueva manera de ver el proceso social.

La nueva izquierda depositó lo básico de su acción política en la búsqueda de que la relación que establecía con los sectores populares organizados sea lo más estrecha posible. En ese sentido, tanto desde la política como desde el trabajo intelectual, básicamente desde las ciencias sociales<sup>11</sup>, el análisis estuvo centrado en mostrar la manera cómo los sujetos populares hacen la historia y son portadores de una alternativa para el futuro.

<sup>10</sup> Edward Shils: *The intellectuals and the powers and other essays*, The University of Chicago Press, 1972.

<sup>11</sup> Una crítica lúcida a la manera cómo especialmente la sociología vio a las clases populares se puede encontrar en: Guillermo Rochabrún; «Del mito proletario al popular». En: Alberto Adrián y Eduardo Ballón (Editores); *Lo popular en América Latina: ¿una visión en crisis?*, Desco, 1992.

## ELITES Y CLASES POPULARES

La idea que mejor expresó esta perspectiva fue la acuñada por Rolando Ames: «el protagonismo popular», la cual tuvo amplia aceptación en los predios de izquierda, más allá de eventuales matices y énfasis. Desde ahí se elaboró una imagen de los sectores populares que podría resumirse en los siguientes puntos:

a. Que el pueblo construye la nación «desde abajo» y que sería el soporte sobre el cual se podría crear una nueva institucionalidad estatal. Lo inverso resultaría sólo formal, negador de la nacionalidad.

b. Que el pueblo es una especie de fuerza esencial que orienta a la política misma. Hay que estar donde él esté. Por ello, las diferentes agrupaciones de izquierda se creaban para «servir al pueblo», para ser fieles a una especie de mandato que viene desde él.

c. Que el pueblo constituye el punto central en donde es posible encontrar madurez y equilibrio, atribuyéndole una racionalidad por la cual sabe perfectamente qué quiere y cómo conseguirlo. Un ejemplo de esta óptica es la lectura que se hizo del proceso de la transferencia política de los militares a los civiles, como obra del empuje y vitalidad de las movilizaciones populares de fines de los años setentas, a las que la izquierda trató de orientar<sup>12</sup>.

Todas estas claves que acabo de exponer se pueden encontrar con mayor transparencia en la revista socialista *El Zorro de Abajo*, fundada en 1985, y en los intelectuales que la animaron. Precisamente, haciendo un balance del movimiento popular, expresan:

«Son los movimientos sociales populares de los últimos 10 años, marcados por una perspectiva

<sup>12</sup> Este punto y otros los trabajo con mayor sistematicidad en: «Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú. 1968-1989». Tesis para optar el grado de Maestro en Ciencias Sociales, FLACSO-Sede México, julio de 1994.

OSMAR GONZALES

de autonomía y autodeterminación popular los que dan lugar no sólo al surgimiento en primer plano de otras fuerzas políticas, sino también a alternativas sociales que pueden considerarse como embriones de una organización estatal alternativa»<sup>13</sup>.

Desde esta perspectiva es que pueden afirmar que la construcción del socialismo «no es tarea de vanguardias iluminadas ni grupúsculos mesiánicos sino epopeya colectiva»<sup>14</sup>. Hay que agregar que la principal propuesta que formularon fue la de realizar una «revolución copernicana», que no era otra cosa que variar el centro de gravedad de la política desde el Estado hacia la sociedad civil.

La virtud que tuvo esta perspectiva fue la de resaltar procesos que antes se habían perdido de vista, valorando el papel de las clases populares en la vida social y política del país y en la construcción de la nación<sup>15</sup>. Su punto débil lo constituyó el hecho que impedía reflexionar, con todas sus consecuencias, sobre el papel del dirigente, de las élites, de las representaciones políticas, de los liderazgos.

Este déficit se revela con mayor agudeza si observamos que, más allá de los discursos, la práctica política había variado poco. De este modo, tuvimos como resultado un híbrido entre la proposición que rescataba el papel que la historia le había asignado a las masas con una práctica política todavía enmarcada

<sup>13</sup> Artículo colectivo de El Zorro de Abajo; «El Apra y la izquierda después de la masacre», N°5, julio de 1986, p. 75.

<sup>14</sup> Editorial El Zorro..., N°1, junio-julio de 1985, p. 1.

<sup>15</sup> Se pueden agregar otras características, como el privilegio a los sectores organizados, el rechazo al individualismo, cierta manera corporativa de ver la política, etc. Un balance se puede encontrar en: O. Gonzales; M. Tanaka, L. Nauca y S. Venturo; *Normal nomás. Los jóvenes en el Perú de hoy*, IDS, 1991. (Primera parte).

## ELITES Y CLASES POPULARES

en los viejos parámetros. Los dirigentes de izquierda actuaban según los criterios caudillistas y personalistas, es decir, oligárquicos, en los que se habían socializado. Esta ambigüedad entre discurso y práctica política conllevó a un incómodo sentimiento de culpa, que repercutió en el silenciamiento de una auto-reflexión consciente sobre su papel como conductores.

Es necesario agregar que esta manera de entender los procesos sociales encontró su crisis con el estallido de quien debió ser el referente político, Izquierda Unida, justamente en su Primer Congreso Nacional, realizado en enero de 1989.

Como balance de este punto podemos decir que hubo dos propuestas básicas. Por un lado, los ideólogos de la participación plena quienes afincaron lo central de su propuesta en que la conducción del país encontraba su plataforma natural en el Estado; por otro, la nueva izquierda que centró su apuesta en construir la nación desde la sociedad, desde los sectores populares básicamente, un proceso que luego devendría en un nuevo diseño institucional. Nuevamente, encontramos subyacente el problema central: la relación Estado-Sociedad y desde dónde construir la nacionalidad.

### III. DEMOCRACIA, LEGITIMIDAD Y EFECTIVIDAD

#### La propuesta de De Soto

El advenimiento de los regímenes constitucionales en la década del ochenta no pudo ocurrir en peores condiciones. Al agravamiento de la crisis económica que se había anunciado a fines de la década anterior, se sumó la violencia política. Ambas trajeron como consecuencia tanto el rápido deterioro de las instituciones estatales y las representaciones políticas como la descomposición de una parte importante de las organizaciones populares.

OSMAR GONZALES

Ni el segundo belaundismo como tampoco el gobierno aprista fueron capaces de enfrentar exitosamente estos problemas en democracia. De este modo, apareció de manera cada vez más nítida para la sociedad que el Estado y sus conductores estaban incapacitados para dar respuesta a sus demandas centrales: acabar con la subversión y terminar con la crisis económica. De manera creciente, aunque de manera no siempre explícita, el reclamo por establecer orden se hacía más evidente. A medida que estos problemas quedaron irresueltos, la democracia misma aparecía más cuestionada. Fernando Belaúnde la puso en riesgo pero pudo cumplir con su mandato constitucional. Alan García la jaqueó definitivamente.

Pero al mismo tiempo, la sociedad, y en especial los sectores populares, ven agravarse los procesos de descomposición y de relajamiento de normas mínimas de convivencia. Incluso algunos autores auguraban la inminente anomia. Las clases populares ya no aparecían como aquellos sujetos vigorosos y siempre movilizados de fines de los setentas, especialmente. La sociedad se informaliza, crece el desempleo, la política pierde centralidad y gana la angustia por la sobrevivencia. En resumen, y para expresarlo en términos convenientes a este artículo, entran en crisis los dos sujetos sobre los que recurrentemente hemos estado hablando: las élites y las clases populares. No hay conductores ni sujeto de salvación. Entonces, ni una visión centrada puramente en el Estado y los conductores, ni otra focalizada en la constitución y desarrollo de las clases populares eran capaces de dar respuestas integrales a los problemas que enfrentaba el país.

Esta tensión, la de reconocer la nueva composición social y al mismo tiempo poner énfasis en determinadas capas dirigentes, trató de ser resuelta por Hernando de Soto. Desde su ubicación de experto trató de diseñar soluciones, reconociendo a los sectores po-

## ELITES Y CLASES POPULARES

pulares como parte integrante de la nación pero, al mismo tiempo, buscando de darle orientación y alternativa. Actuó como constante asesor de los sucesivos gobiernos desde 1980, proyectando una imagen distinta a la que habían ofrecido aquellos que estuvieron comprometidos con determinadas opciones políticas. En otras palabras, aparecía como un hombre que estaba más allá de la lucha política ocasional. En esto reposa gran parte de su reconocimiento social. Sin embargo, lo más significativo de su propuesta (ubicada en la ideología neo-liberal, con la cual podemos o no estar de acuerdo) es que enfrenta la tarea de solucionar el evidente distanciamiento entre Estado y sociedad en el Perú.

Analizando el problema de la informalidad y criticando el mercantilismo de la clase empresarial y política peruanas, De Soto afirma que es necesario crear una nueva normatividad que dé cuenta de la realidad que está emergiendo y a la que es necesario ofrecer respuestas antes de que alcance proporciones inmanejables. Es por ello que propone lo siguiente:

«El reto consiste, entonces, en llegar a un sistema legal e institucional que refleje la nueva realidad, que deje funcionar ordenadamente la economía espontáneamente surgida del pueblo, que les permita producir con seguridad a los empresarios y comerciantes formales competitivos en lugar de obstaculizarlos, y que transfiera a los particulares aquellas responsabilidades e iniciativas que el Estado ha monopolizado sin éxito. La consecuencia de todo esto sería que el Derecho cobraría vigencia social»<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Hernando de Soto: *El otro sendero. La revolución informal*, Editorial Oveja Negra, 6ta. edición, Bogotá, 1987, p. 299.

OSMAR GONZALES

Como sabemos, la articulación política más explícita que intentó De Soto fue con el Movimiento Libertad, liderado por Mario Vargas Llosa. Su relación fue fugaz, por la posterior alianza que aquél estableció con los personajes más tradicionales de la derecha política peruana en el FREDEMO. Sin embargo, los valores centrales que expuso interpretaron la experiencia cotidiana de un grueso sector del mundo popular que más tarde aparecerá con fuerza para otorgarle apoyo a Alberto Fujimori, a pesar de la dura política económica y del autoritarismo estatal que éste exhibe hasta hoy día. El mayor límite del autor de *El Otro Sendero* fue no ser capaz de articular su propuesta con alguna representación política. El papel de asesor que tanto cultivó, terminó siendo -al menos lo es hasta ahora- una trampa para el propio De Soto.

El autoritarismo estatal de Fujimori

El protagonismo de Fujimori es explicable por hechos que la historia reciente se encarga de recordarnos: el espacio dejado por la crisis de la clase política fue cubierto por personajes que provenían de otras actividades. Entre los más connotados, tales son los casos de Ricardo Belmont, animador de televisión, ahora Alcalde de Lima, Mario Vargas Llosa, escritor y candidato a la presidencia en 1990, y el propio presidente Alberto Fujimori, profesor universitario. Este origen, que podía parecer una desventaja, resultó siendo su mayor virtud.

La legitimación de Fujimori estaba ligada, precisamente, a que no provenía de los espacios en los que se había desarrollado la clase política peruana. Por ello se le veía como un personaje que no compartía los vicios de aquélla. Estaba libre de todo pecado original, exento de adjudicársele cualquier interés mezquino que había caracterizado a los gobernantes anteriores. Esto

## ELITES Y CLASES POPULARES

ayuda a explicar por qué recibe un apoyo tan amplio, a pesar de sus anti-populares medidas económicas y del autogolpe del 5 de abril de 1992.

Es más, nunca el respaldo popular fue tan masivo como después de esta fecha. Su mayor éxito fue, hasta antes de llamar al referéndum sobre la nueva Carta que su entorno había elaborado (que marcó otra etapa en el cronograma político), la captura de Abimael Guzmán y, con él, el subsiguiente desmantelamiento de Sendero Luminoso. Aprobada luego la nueva Constitución, las noticias felices continuaron para Fujimori. En 1993, la economía peruana exhibía un crecimiento de siete puntos, más que en cualquier país de la región. A ello hay que agregarle el apoyo internacional del que goza y el respaldo popular que aún mantiene.

Como es notorio, el retorno a cierta legalidad no niega que el actual mandatario siga ejerciendo el poder de un modo autocrático. Por el contrario, se ha reafirmado y legitimado precisamente por los logros que puede exhibir. Pues bien ¿qué quiere decir todo esto? Intentaré algunas aproximaciones.

Por un lado, el éxito de Fujimori y de su entorno estatal está subrayando la crisis ya sabida de la llamada clase política, en términos amplios, y la desestructuración de la sociedad que, incapaz de construir sujetos desde sus propias experiencias y organizaciones para ejercer presión, sólo puede esperar acciones tomadas «desde arriba». Es decir, el retorno de los conductores.

Por otro, expone con crudeza el problema de la legitimidad democrática. Si recordamos lo dicho en páginas anteriores, habían dos demandas básicas de la sociedad: paz y bienestar. La derrota infligida a Sendero Luminoso abre las puertas para lograr lo primero, y lo segundo aparece ahora, ante la población, como un propósito posible (aunque los plazos para esto le resulten cada vez más estrechos a Fujimori). Lo que quiero

OSMAR GONZALES

resaltar es que en la percepción de la población el autoritarismo de Fujimori ha logrado lo que más de diez años de régimen democrático no han podido. Ni Belaúnde, ni García, dentro de los marcos constitucionales, fueron capaces de dar solución a los problemas básicos de la sociedad peruana de los ochentas. Nuevamente, ¿qué nos está planteando este hecho?

El asunto al que nos remite lo ya expresado es a analizar la relación que existe entre democracia y efectividad. ¿La experiencia reciente nos está indicando acaso, que ambas están desligadas y que la efectividad sólo es posible en contextos autoritarios? Si esto fuera así ¿de dónde podrá extraer la democracia su legitimidad en el Perú?, ¿quiénes estarán dispuestos a otorgársela, si como hemos visto el descreimiento es generalizado? Todo esto toca, además, otro problema, el de la gobernabilidad, que implica acuerdo sobre determinados asuntos (política económica, reglas de juego político). ¿El autoritarismo es capaz de promover acuerdos? Y si no ¿quién?

Otro tema que emerge es que el autoritarismo ha calzado perfectamente con un estado de ánimo que Norbert Lechner ha llamado, para la evolución política chilena, «miedo al caos»<sup>17</sup>. En consecuencia, en una época en donde las utopías y los proyectos totalizadores han fracasado, la sociedad es proclive a identificar lo existente con lo necesario. Se relleva el papel del orden. El autor citado realiza la siguiente reflexión, que bien puede aplicarse al caso peruano:

<sup>17</sup> Aunque con resultados totalmente distintos. En Chile, el miedo al caos tiene como resultado la defensa de la democracia para no regresar al autoritarismo militar, evitando conflictos que puedan desestabilizar al sistema político. Norbert Lechner, «Las sombras del mañana». En: Colección Estudios CIEPLAN, N.º. 37, Santiago, junio de 1993.

## ELITES Y CLASES POPULARES

«...existe de manera larvada un malestar con la política que expresa una falta de alternativas, la cual, a su vez, refleja la erosión de los mapas cognitivos. No implica una protesta activa contra determinado estado de cosas; representa más bien la reacción frente a una realidad que aparece ininteligible y sustraída a la voluntad humana. Hay una disonancia entre esa percepción de la realidad social y lo que se espera de la política. La política debería manejar mejor las cosas, pero las cosas simplemente acontecen. En ausencia de claves interpretativas que permitan verbalizar la incongruencia, sólo queda un malestar vago y mudo»<sup>18</sup>.

La consecuencia es la desvinculación entre lo político, la experiencia cotidiana del ciudadano y la política institucionalizada. Crece lo que Ludolfo Paramio ha llamado «desafección política». En otras palabras, la pérdida de centralidad de la política para la sociedad significa, como contraparte, la generación de un espacio más amplio para el manejo de los asuntos públicos por parte del Estado, con la cuota de arbitrariedad que ello puede suponer. El panorama se agrava con el hecho de que los partidos, tradicionalmente encargados de dirigir y orientar a los sujetos sociales, también están en crisis, descartándose como elementos de contención al autoritarismo. Sólo quedaría una opinión pública más o menos informada, pero que está afincada en algunos sectores minoritarios de la población, sin poder llegar a ser eficaz contrapeso al autoritarismo.

Finalmente, si bien los problemas mencionados por Lechner no aparecen de la misma manera en el caso peruano, al menos encuentran un terreno muy favorable para su expansión, en un hecho ya señalado

<sup>18</sup> Op. Cit.; p. 74.

OSMAR GONZALES

en el anterior acápite: la deuda dejada por el reformismo militar al no lograr, de no poder construir un nuevo orden global. Ello hubiera significado una relación entre instituciones estatales y sociedad mucho más sólida que la que conocemos, que habría impedido o, al menos, amortiguado los procesos de descomposición tanto del Estado como de la propia sociedad, y permitido, a su vez, el enfrentamiento de la crisis con un entramado social y político más resistente.

IV. BALANCE... ¿Y EL FUTURO?

En el rápido y sucinto esquema presentado en las páginas anteriores he querido mostrar los momentos y las maneras en que el problema de las élites aparecía como uno relevante, contrapunteándolo con otro tema que aparecía como una especie de referencia constante: la preocupación por los sectores sociales, especialmente populares. En el fondo, la preocupación central es sobre la relación entre Estado y sociedad y la pregunta desde dónde construir la nación.

Según hemos visto, el énfasis de las preocupaciones, el papel de los que reflexionan sobre ellas y las audiencias que convocan deben ser explicados en el proceso pendular que va del fortalecimiento del Estado y sus élites al desarrollo de los sectores sociales y viceversa. A ello se aúna, obviamente, el papel de las ideologías y proyectos políticos. Es así que las propuestas de solución se han movido dentro de los parámetros enmarcados entre la creencia en el papel positivo de las élites y la fe en la vitalidad de los sectores populares. En otras palabras, crear la nación desde el Estado o desde la sociedad, «desde arriba» o «desde abajo», con todas las connotaciones (positivas o negativas) que estos términos contienen. De la apuesta básica que se asumiera devenían las estrategias políticas.

## ELITES Y CLASES POPULARES

En este sentido, hubo una polaridad que impidió un diálogo efectivo y productivo. Quienes asumían la función privilegiada de las élites desconfiaban de aquellos otros que valoraban el papel de las clases populares, y viceversa. Sin embargo, entre uno y otro existe el espacio de la política<sup>19</sup>, entendida como la acción cohesionadora de intereses diversos, como la generación de espacios de consenso, aunque sea mínimos, como aglutinación de voluntades. De haberse privilegiado este espacio articulador hubiera sido posible tanto la creación de una institucionalidad estatal como un fortalecimiento mayor de las redes organizativas de la sociedad, en base a una constante interlocución de sujetos diferentes y diversos. La primera no hubiera carecido de base social y las segundas no hubieran extrañado conducción política. Las bases para la construcción de la nacionalidad hubieran sido más consistentes.

Es cierto que algo de esto hubo en los autores y propuestas mencionados, cada quien en su tiempo y dentro de las claves ideológico-culturales de su época. Tanto García Calderón como los ideólogos del velasquismo, así como De Soto, buscaron reflexionar, a partir de su confianza en los conductores, de qué nuevas maneras es posible construir la unidad entre Estado y sociedad. Sin embargo, ninguno fue capaz de constituir el sujeto político que llevara a cabo dicha tarea. El intelectual de los inicios de siglo apeló a una burguesía ilustrada prácticamente inexistente en sus años; a los ideólogos velasquistas les faltó tiempo para reconsiderar su idea del no partido y, finalmente, el pensador neo-liberal vio fracasar al sujeto político al cual había apostado, prefiriendo su labor como técnico, como asesor estatal.

<sup>19</sup> Agradezco esta sugerencia a Jorge Nieto.

OSMAR GONZALES

En un determinado momento, a mediados de los cincuenta, Haya de la Torre, el que más vivió la política, quiso poner en juego el papel articulador de la política, pero lo hizo ya cuando las condiciones que habían dado origen al Apra, y explicaron su innegable influencia en el movimiento popular, habían cambiado por el proceso modernizador que permitió la aparición de nuevos sectores sociales que se desarrollaron políticamente por las afueras de aquel viejo partido.

En la actualidad, vemos, ni existen élites (si por ellas entendemos no sólo una posición, sino también, y sobre todo, una función, esto es, la de imaginar horizontes posibles de realización para las sociedades) ni una sociedad cohesionada. Por el contrario, la crisis es compartida. Este hecho, que es gravísimo, relleva de manera especial el papel que en el futuro debe cumplir la política: cómo articular intereses y voluntades disímiles<sup>20</sup>. Ya hemos visto cómo Fujimori ha podido enfrentar con alto grado de éxito las demandas básicas de la sociedad. Aun sin proponérselo, Fujimori podría estar echando las bases para establecer, posteriormente, ciertas reglas de convivencia política. Allanado el camino es posible imaginar adónde queremos ir. Pero esto será posible sólo si se acomete la tarea pendiente desde

<sup>20</sup> De aquí se desprenden otros dos problemas, cuyo tratamiento no es posible desarrollar en estas páginas. Uno de ellos se refiere a lo que entendemos hoy por política. ¿Qué debe significar en las actuales condiciones de nuestras sociedades latinoamericanas, en general, y peruana, en particular? El otro problema, derivado del anterior, está referido a las posibilidades de ejercer la representación en un contexto de diferenciación y fragmentación social, de débil integración y de identidades volubles, todo lo cual impide una representación orgánica tradicional. Sin sujetos estructurados ¿cuál es el papel de los partidos políticos? ¿qué significan, entonces, representación o intermediación? Como es fácil observar, el asunto es extremadamente complejo.

## ELITES Y CLASES POPULARES

la caída del orden oligárquico y que he mencionado varias veces: construir un nuevo orden.

El desafío del siglo que viene será ése precisamente, y quizás ello implique fundar una nueva república.